

# Recuerdos, esperanzas

M.<sup>a</sup> Angélica Montejo

## MEMORIA DE UNA FAMILIA ESPAÑOLA, INMIGRANTE DE LOS AÑOS 1913-1915

Esta es la pequeña historia de la familia paterna contada por mi padre, Antonio Emilio, inmigrante español.

Mi padre nunca amó demasiado el bullicio de la ciudad. Un buen día decidieron, en compañía de mi madre, venir a vivir a la provincia de Santa Fe, lugar donde ella nació. Con lo obtenido por la venta de su casa en Buenos Aires compraron media cuadra de tierra en Esperanza, una ciudad ubicada en el centro de la provincia, poblada entonces por suizos-alemanes, suizos-franceses, judíos, italianos y argentinos también.

Al viajar tan lejos, porque aquí ir de una provincia a otra representa muchas horas de viaje, nos alejamos físicamente de la familia paterna. Por eso este relato es transmitido en forma oral por mi padre, Antonio, y un hermano suyo, Gringo, que también dejó Buenos Aires. Poseía una memoria prodigiosa y sus recuerdos se remontaban hasta los momentos vividos en la abadía de los Monjes Benedictinos, donde aprendió a leer y escribir, junto con sus otros hermanos varones.

También recordaba muy bien las diabluras que hacían sufrir a los monjes, que tenían una paciencia de santos. Entre Ríos pertenece a la región central o pampeana por el clima y régimen regular de lluvias, pastos tiernos y concentra, junto con otras 5 provincias, el grueso de las explotaciones forrajeras. Grandes cantidades de ganado vacuno, ovino, porcino, numerosos criaderos de gallinas, etc. Además de ser un lugar muy bello y tranquilo. Abuelo (*sic*) se sintió inmediatamente a sus anchas porque casi todos eran inmigrantes, como él. A ese lugar de promisión llegaron un día abuelo Antonio y



Antonio Montejo hijo, en el cumpleaños.

su familia. Estos son recuerdos transmitidos por mi padre y tíos paternos. En nombre de todas las generaciones que me han precedido escribo esta historia.

El dulce y amado aire de España estaba lleno ya de malos presagios. En toda Europa rumores de guerra<sup>1</sup> envenenaban la tranquila existencia de los habitantes y España era una parte de esa convulsionada región. Algunos primos ya estaban en América y llamaban a sus parientes a la aventura que prometía bienestar y, sobre todo, tranquilidad para criar a sus hijos.

El apellido de esta familia llega desde épocas coloniales, ya que el primer Montejo del cual se tiene registro data del año 1479<sup>2</sup>, en México, donde fue designado conquistador y descubridor, adelantado de Yucatán. Nacido en Salamanca, como toda su descendencia, poseía escudo de armas lo cual nos indica que eran de cierta alcurnia. Nuestra familia, descendientes de aquellos aventureros, lleva orgullosamente su mismo apellido. Abuelo Antonio y su familia, modernos conquistadores, también iniciaron un largo viaje por mar, que los trajo a esta tierra de esperanzas.

El viaje se inició desde su Salamanca natal en octubre de 1913. Desde Vigo, rumbo a Argentina, el viaje costó la fortuna de 1.800 pesetas, lo cual consta en una tarjeta que envió desde esa ciudad. Aquí lo esperaban sus parientes que ya le habían ubicado un sitio. Abuela Concepción con sus hijos Margarita, Roque, Enrique y Antonio partieron del mismo sitio unos meses después, porque estaba en camino, Santiago, que (*sic*) llegó cuando abuelo

<sup>1</sup> La autora se refiere a la Primera Guerra Mundial (N.E.).

<sup>2</sup> Evidente error de la autora, ya que siempre ha de ser posterior a 1492. Francisco de Montejo nace en Salamanca en 1479 y fallece en Sevilla en 1553. En 1514 llega a Cuba, acompañó a Hernán Cortés en la conquista de México y en 1526 es nombrado adelantado de Yucatán. Su hijo, Francisco de Montejo y León, conquistó Yucatán en 1542 fundando varias ciudades en ese lugar como Campeche y Mérida (N.E.).

Antonio ya estaba en América. Cuando el niño tenía dos meses abuelo reclamaba su familia, desde Argentina, ya que aún no conocía al bebé. Abuela preparó rápidamente el viaje. Santiago, recién nacido, contrajo varicela. Al ir a embarcar, acompañados de la madrina de Santiago, el médico de a bordo no permitió subir al bebé porque la varicela es muy contagiosa y era mucho el tiempo de viaje. Dolorosa decisión que debió tomar la joven en ese entonces: su obligación de esposa de estar donde su marido y su amor de madre. De nada valieron las suplicas y ruegos a la gente del barco. Era imposible, también ella lo comprendió al fin, viajar con un bebé enfermo. Como no era grave, la madrina y tía quiso quedarse con él, prometiendo enviarlo cuando estuviera sano. Dejando a su niño en otros brazos y su corazón con él, subió al barco aferrando a sus otros hijos. Era el mes de noviembre del año 1914.

Llegaron un mes después, en diciembre de ese mismo año. Abuelo Antonio tenía ya empleo en la provincia de Entre Ríos. En esos años representaba grandes sacrificios trasladarse desde una provincia hasta otra, ya que Argentina es un país muy extenso cruzado por innumerables ríos, grandes montes vírgenes y las ciudades estaban lejos una de otra. Su destino era un lugar llamado Victoria, entonces una pequeña población rural, surcada de largos caminos de tierra donde era imposible llegar en épocas lluviosas. La provincia de Entre Ríos forma parte de la mesopotámica (*sic*) Argentina. Es un lugar muy bello con suaves lomadas y cuchillas<sup>3</sup>, suelo fértil y clima muy benigno. Allí se propusieron vivir lejos del ruido y alboroto de las grandes ciudades. Abuelo Antonio era un apasionado del campo y de las grandes cosas que pueden realizarse en un lugar donde todo estaba por hacerse. Los abuelos eran personas muy instruidas, ya que habiendo nacido en tierra de Cervantes, donde la cultura era lo común, trataban de asesorarse para instruir también a su familia. Felices sembraban la chacra,<sup>4</sup> ayudados de los hijos mayores, Roque, Enrique y Antonio, quien al paso del tiempo, sería mi padre. Inculcándoles amor por el trabajo y responsabilidad en todo lo que hicieran, fue criando su familia, mitad española, mitad argentina. Era muy querido y respetado por los vecinos, ya que sabía de todo un poco.

Decir vecino en ese entonces era hablar de alguien que estaba a varios kilómetros de distancia. Por esa razón no se juntaban muy seguido, pero si surgía algún problema, ahí estaban dando una mano en lo que fuera necesario. Cultivaban la tierra, criaban gallinas, conejos, ordeñaban su propia vaca. Elaboraban sus quesos, manteca y toda clase de dulces y conservas con los

<sup>3</sup> Término geográfico que se usa en Uruguay y Argentina para denominar las colinas onduladas que no superan los 500 metros (N.E.).

<sup>4</sup> Granja (N.E.).



El mismo Antonio en la orilla del río Salado en compañía de un hijo y varios sobrinos.

productos de la chacra. En esta tierra generosa todo era posible para alguien que como ellos quería progresar. Y Dios los bendijo dándoles paz y felicidad en una tierra extraña que los recibió con amor. Y siguió pasando el tiempo.

Allí vivieron muchos años, criando hijos españoles y argentinos nacidos en ese lugar. El sueño de abuelo era tener esa granja que compraron con grandes sacrificios. Estaba situada junto a la abadía de los monjes benedictinos. Estos monjes hacía muchos años que estaban trabajando en Victoria, también tenían una escuela, donde todos los niños aprendían las primeras letras. Allí fueron todos los varones de la familia a estudiar con los monjes, que debieron hacer muy buen trabajo, ya que eran espíritus libres y les costó sus buenas reprimendas aceptar la disciplina de un colegio famoso por su rectitud y obediencia. Contaban después de muchos años a hijos y nietos las diabluras que hacían a los buenos hermanos monjes. Nosotros escuchábamos embelesados sus historias, creyéndolas al pie de la letra. Con esas historias, que por supuesto tenían su parte de fantasía, lograban nuestra incondicional admiración.

El tiempo pasaba y sólo lograban noticias de aquel que quedó en España a través de sus cartas, que llegaban muy de vez en cuando porque también era muy difícil lograr desde España enviar correos. Un día se enteraron que su hijo Santiago había sido llevado al frente. No hubo paz ni sosiego desde entonces para los abuelos, que rogaban a Dios todos los días por ese hijo que vivía en constante peligro de muerte. Ellos no podían viajar y él tampoco venir. Además ya había formado su propia familia y tenía hijos. Abuelo Antonio, ahorrando centavo sobre centavo accedió a una casa, con gran terreno en la ciudad.

Cumpliendo un sueño, instaló la primera estación de servicio de Victoria. Los hijos varones se unieron y compraron dos pequeños camiones, con los

cuáles trabajaron acarreado hacia y desde la colonia todo lo necesario para la familia y todos los que solicitaban transporte; ya sea de la cosecha hacia los mercados o trayendo semillas para los agricultores. Fueron los modernos transportistas de la época.

En ese tiempo no se daba mayor importancia a la instrucción de la mujer, pero abuela Concepción quería que sus hijas estudiaran también. Entonces convenció a toda la familia que debían mudarse a Santa Fe, otra provincia vecina. Más poblada y contando con dos universidades en la capital, muy buenos colegios religiosos y estatales, allí vino la familia con el descontento de los varones que amaban el campo, preferían quedarse en Entre Ríos. Pero eran hijos obedientes y vinieron con los abuelos y sus hermanos argentinos nacidos en Victoria: Palmira (Palma), María Antonia Lucía (Maruca), María Concepción (Negra), Montesio, Petra (Piqui), Andrés (Gringo) e Iván (Chita). Con esta gran familia se trasladaron hacia Santa Fe donde terminaron de criar a sus hijos.

Pasando el tiempo abuelo, que era un moderno aventurero, quiso probar suerte en Buenos Aires, la capital de Argentina. Vinieron hasta Monte Grande, entonces un pequeño lugar habitado por pocas personas. Allí compraron un local que dedicaron a una especie de ramos generales, ya que vendían todo lo imaginable. En compañía de toda la familia formaron un pequeño negocio próspero en el lugar. Abuelo, ya un hombre maduro, enfermó gravemente y su único deseo era conocer ese hijo que nunca había visto. Todos los hermanos estaban casados y en España había terminado la Guerra, así que se pusieron de acuerdo para llamar a aquél, que casi nadie conocía. Entre todos reunieron el importe del pasaje, compraron un terreno y construyeron una pequeña casa para los viajeros. Mi padre, Antonio, hizo lo posible para que estuvieran cerca de todos nosotros, así que fuimos vecinos. Lamentablemente abuelo falleció antes de conocerlo, pero Santiago era la viva imagen de su padre.

Nosotros con un padre que en el fondo siempre fue un campesino volvimos a Santa Fe y aquí quedamos para siempre. Descansa mi padre cerca del río que amó, entre el verde de los árboles y toda la sinfonía que le cantan los pájaros desde las ramas. Los abuelos hace mucho que duermen su sueño de eternidad, pero la memoria de la familia nunca los ha olvidado. Seguirán siendo los audaces navegantes en pos de aquel sueño, aunque ahora en los relatos que pasan de hijos a nietos.